

que puedan inspirarle la experiencia que tendrá mayor que la de él y su amistad. Que mi hijo devuelva á su vez todos los cuidados y servicios que puede inspirarle la amistad. Que conozcan ambos, en fin, que cualquiera que sea la posición en que puedan hallarse, solo serán verdaderamente felices estando de acuerdo. Que tomen ejemplo de nosotras. ¡Cuántos consuelos nos ha dado en nuestras desgracias, nuestra amistad! Y en la felicidad, se goza doblemente cuando se puede hacerla participar á un amigo: y ¿dónde encontrarlos mas tiernos y queridos que en la propia familia? Que no olvide jamás mi hijo las últimas palabras de su padre que espresamente le repito: *¡Que no piense jamás en vengar nuestra muerte!*

«Tengo que hablarte de una cosa dolorosa para mi corazón. Sé bien cuántas penas debe haberte causado este niño. Perdónale, mi querida hermana; piensa en la edad que tiene, y cuán fácil es hacer decir á un niño lo que se quiere y hasta lo que no puede comprender. Llegará un día, yo lo espero, en que conocerá mejor todo el valor de tus bondades y de tu ternura para con los dos.

«Réstame que confiarte mis últimos pensamientos. Hubiera querido escribirlos desde el principio del proceso; pero además de que no se me dejaba escribir, ha sido su curso tan rápido que no hubiera tenido tiempo. Muero en la religión católica, apostólica, romana, en la de mis padres, en aquella en que he sido educada y que he profesado siempre. No teniendo consuelo alguno espiritual que esperar, no sabiendo si existen aun sacerdotes de esta religión, y además esponiéndoles demasiado el sitio en que me hallo, si entraran en él una vez, pido sinceramente perdón á Dios de todas las culpas que he podido cometer desde que existo. Espero que en su bondad, querrá recibir mis últimos votos, así como los que he hecho hace largo tiempo para que quiera recibir mi alma en su misericordia y en su bondad.

«Pido perdón á todos cuantos conozco, y á tí, hermana mía, en particular, de todos los disgustos que he podido causaros sin quererlo.

«Perdono á todos mis enemigos el mal que me han hecho.

«Doy mi adiós á mis tías y á todos mis hermanos y hermana. Tenía amigos; la idea de separarme de ellos para siempre, y las penas que sufren son uno de los mayores pesares que soporto al morir. Que sepan que, hasta mi último momento he pensado siempre en ellos.

«Adiós mi buena y tierna hermana!... ¡Ojalá llegue á tus manos esta carta! Piensa siempre en mí... Te abrazo de todo mi corazón, así como á mis buenos y queridos hijos... ¡Dios mío! ¡qué desgarrador es dejarlos para siempre!

«¡Adiós! ¡Adiós! no voy á ocuparme mas que de mis deberes espirituales. Como no soy libre de mis acciones, tal vez me impondrán un sacerdote de los suyos, pero yo protesto aquí, que no le diré una palabra y le miraré como á un ser extraño. ¡Adiós! ¡Adiós!

»MARIA ANTONIETA.»

Y en efecto, se le envió un sacerdote, uno de

aquellos sacerdotes constitucionales que no podía ver la reina sin horror y sin desprecio. Este hombre se llamaba Gerard y era cura de San Landry en la ciudad. María Antonieta le dijo:

—«No os he oído para reconciliarme con Dios, porque me he procurado ya los consuelos espirituales por una vía que no quiero revelar. Solamente deseo que me habléis de las cosas celestiales hasta el momento fatal.»

Y aun esto era pedir mucho al apóstata: así es que comenzó su misión de caridad con un ultraje.—«Vuestra muerte, dijo, va á espiar...

—Culpas y no crímenes, le interrumpió la reina.

Habiéndole libertado este hombre de su presencia, entró un gendarme. Este al menos, podía ser grosero y cruel sin mancillar un santo ministerio. La reina, traspasada de frío deja sus vestidos y se pone una bata de piqué blanco, y como quiere ser fuerte hasta el fin, pide un poco de alimento.

Nos hallamos en el 16. Desde las cinco de la mañana se ha tocado llamada en todas las secciones. A las siete se halla en pie toda la guarnición. Hánse colocado cañones en todos los extremos de los puentes, plazas y encrucijadas desde el palacio hasta la plaza de la Revolución. A las diez, circulan por las calles numerosas patrullas.

Van á dar las once. Conducense á la reina, á la escribanía de la Conserjería. Atánsele fuertemente las manos y se le sujetan á la espalda. Ella misma ha querido cortarse el cabello que acabó de encanecer la última noche; pero no se le ha permitido (1). Cuando llega el verdugo — ¡Qué temprano venis, le dice ella con dulzura! ¿No podíais retardarlo algo?—«No señora, tengo orden de venir.»

La carreta fatal se halla dispuesta, y espera el pueblo. Todo París se halla en las calles, en los balcones, en los tejados. María Antonieta ocupa un lugar en la plancha que sirve de asiento.

Oigamos aquí á dos pintores minuciosos, pero fieles, pero conmovidos, y con frecuencia elocuentes, á MM. de Goncourt.

«Un ruido sordo circula entre la multitud; un oficial da una orden y se abre la verja. En ella aparece la reina vestida de blanco. Detrás de la reina, marcha Sanson, llevando los cabos de una gruesa cuerda que le tira los codos hacia atrás. La reina da algunos pasos. Se halla en la escalerilla que lleva al estribo sobrado corto. Sanson se adelanta para sostenerla con la mano. La reina le da gracias con un ademán, sube sola, y quiere salvar la banqueta para colocarse en frente del caballo, cuando le dicen Sanson y su asistente que no puede hacerlo. El sacerdote, Girard, en traje de seglar sube á la carreta y se sienta en frente de la reina. Colócase detrás Sanson con el tricornio en la mano, en pie, apoyado contra los travesaños de la carreta, dejando con visible cuidado flotar las cuerdas que sujetan los brazos de la reina. El ayudante de Sanson está en el fondo en pie como él y con el tricornio en la mano (2). En

(1) Prudhomme afirma lo contrario.

(2) Narración del vizconde Carlos Desfosser: Luis XVII, por M. de Beauchere.